



El dulce vicio de escribir



Julio Ameller Ramallo. Sucre 1914 -1977. Uno de los más significativos poetas del Parnaso Nacional. Animador de innumerables certámenes poéticos, obtuvo varias distinciones, especialmente en los Juegos Florales. En 1947 se hizo mercedor de la *Banda del Gay Saber*. Evocando el mensaje soñador de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" de Miguel de Cervantes, escribió dos epístolas poéticas: "Última carta de don Quijote a Sancho" (que reproducimos en anterior edición), y a su vez la respuesta del fiel escudero a su Mentor "De Sancho a don Quijote" que publicamos ahora, como homenaje a quien más allá de la Mancha y de cuyo lugar no es posible olvidarse, compromete su palabra con la exaltación de los valores humanos.

De Sancho a Don Quijote

Mi señor don Quijote a quien Dios Guarde: aún me queda la sal, sal de las lágrimas que con Teresa y Sancha derramamos leyendo y relejendo vuestra carta.

Me decís que os marcháis, que estáis cansado, que os empuja a la muerte la canalla -aquella que por real de mis pecados de bachiller o cura se disfraza- y añadís sabe Dios cuántas razones que mi razón a comprender no alcanza.

Pero yo, mi señor, que he recibido la semilla de todas las palabras que dejasteis en tierra de ternura y de entrañable fe, que es esta mi alma, yo que siento que ahora, cuando llegan las sombras del ocaso y ya las llamas de la pasión se extinguen sin remedio dejándonos la cuita grave y vaga de sentir que se ha ido del espíritu aquello que sin tregua iluminaba las sendas de la vida, los instantes de la duda y la angustia; cuando nada parece que perdura en el desierto infinito y salado de las almas; yo, mi señor, señor, yo que he catado el vino del milagro y la esperanza que me disteis con esas vuestras manos que escanciaban sin término las ánforas del ensueño y la fe, yo, don Quijote, poniendo el corazón en mis palabras, debo deciros que el error enturbia la fuente que hasta ayer brillaba clara, esa fuente de amor que nos trajisteis para un mundo sin luz y sin mañana.

Decís que amor conduce a desventura... No conozco mayor que la del alma que ha perdido su ruta y se retuerce vencida por la niebla. Quien no alcanza las cimas del ensueño, quien no siente el fuego que sintió Amadís de Gaula -todavía no olvidan mis pupilas lo que me hicisteis ver cuando en La Mancha desfacimos entuertos y luchamos en el nombre de Dios y vuestra dama-, ése sí que conoce desventura, la que más hondo hiere las entrañas: desventura sin nombre ni remedio, la que es final de todo pues acaba por dejarnos sumidos en el fango de vivir sin amores ni esperanza.

Firmáis que vuestro amor nunca fue cierto y sólo fue verdad lo de la lágrima, mas os juro, señor, que yo he sentido todo mi ser unido por la algalia con que iba señalando su sendero la gentil Dulcinea, vuestra dama. Ella fue el claro norte, limpia senda

que las noches inciertas alumbraba. Decir que no existió ¡válgame Cristo! esa princesa por Ceilán perlada, es algo que no entiendo ¡voto a sanes! sabiendo que paristeis con el alma ese dulce prodigio de belleza que conmueve la mía a la distancia.

Grandes señores fueron Florismarte, Pulmerin y también el de Bretaña -dignos los tres, lo sé, de ser amigos de la muy noble y alta doña Urganda- pero decidme cuál, ¿cuál por ventura pudiera contra vos blandir su lanza sabiendo, como saben, que no hay lides que os puedan parecer duros batallas? Si seguí, buen señor, la invicta senda que trazó para mí vuestra enseñanza, si comí el pan de noches sin consuelo tundido por los palos sin entrañas con que midieron ¡ay de mí! villanos, mis costillos, los hombres de mil luyas; si un día me mantearon y en el aire hube de hacer cabriolas, si mi hazaña -pese al miedo, señor-, no ha sido otra que compartir con carne dócil, mansa, una noche el horror de los batanes y otra noche sin fin de graves cóbalas sin desmayar jamás aunque por dentro el caudal de mis fuerzas se agotaba; si fui capaz, señor, de dar al traste con mi hogar, con Teresa y con mi Sancha llevando aquellas insulas por norte y por alforja el hambre, si almohada de todos mis desvelos fueron cuitas aunque en cambio nutrínme la clara seguridad del triunfo; si tornando en valor mi cobarde, humilde y mansa naturaleza fui flor de escuderos -tal como a grandes voces aclamabais- tal ocurrió, señor, porque el señuelo del divino reclamo me llamaba hacia tierras cimeras e inmortales para vos y muy pocos reservadas.

Y ahora renuncias, mi don Quijote, a ese vuestro destino, al sin mancha, al que nos mueve a todo lo más hondo, definitivo y alto; al que sin tasa

nos induce a salir por los caminos donde tantos gigantes se levantan vestidos de apetito y de mentira sin más nombre y blasón que el de su infamia, renuncias, mi señor, a las empresas que desde el cielo Dios os señalara cuando os mostró en el llanto de los huérfanos, en la débil doncella abandonada, en los que tienen ciegos los espíritus y en quienes llevan muerta la esperanza, el alzado destino que es el vuestro porque nacisteis portador del alba.

Y pretendéis morir -cosa tan fácil- arguyendo cansancio. No se cansa quien tiene que luchar. Bueno está ello para el menguado, el vil, para el caçalla.

Arriba mi señor. El mundo es grande y espera que relumbre vuestra lanza. Lustos ya Rocinante y mi jumento no pueden contener sus muchas ansias. Mirad que en los caminos nos esperan el amor, el dolor y la esperanza y a vuestro anuncio tiemblan los que tienen por noble profesión la de caçallas. Salgamos de una vez y para siempre mensajeros del mundo de mañana.

